

VIDA DEMOCRACIA Y PAZ
MOVIMIENTO 19 DE ABRIL M-19
Octubre 1986

<http://www.oigahermanohermana.org>

VIDA, DEMOCRACIA Y PAZ.

LA VIOLENCIA: UN MODO DE VIDA.

La ola de violencia que día a día cobra más víctimas a lo largo y ancho del país arrastrándolo en una avalancha de catástrofes no es la obra de unos - cuantos violentos como algunos pretenden hacerlo creer sino que obedece a - grandes desequilibrios económicos, políticos y sociales.

LA DEMOCRACIA: UNA FICCION.

La concentración de riquezas obedece a un modelo económico monopolista que actúa en contra de los intereses de la nación, enriqueciendo cada vez a me- nos beneficiarios y empobreciendo a las mayorías.

El origen autoritario de la constitución del 86 faculta al ejecutivo para man- tener un régimen de permanente excepción: El Estado de Sitio.

La misma constitución crea los mecanismos para que el Estado se convierta - en propiedad de un instrumento político de dominación: El bipartidismo.

El carácter históricamente partidista de los gobiernos les impide gobernar para la nación, puesto que el bipartidismo es uno de los instrumentos más - firmes de dominación oligárquica y de disolución nacional. Bástenos decir que las guerras civiles del siglo pasado fueron obra de dichos partidos en pugna por el poder y que la violencia iniciada en 1.948, y que no sabemos - cuándo terminará, se debe en gran medida a los apetitos hegemónicos de las jerarquías de los mismos.

La acción de los organismos estatales responde a intereses ideológicos, po- líticos y económicos minoritarios. En consecuencia, el Estado actúa más en el sentido de la cohesión que en el de la solución de los problemas del - pueblo: en los últimos años, por ejemplo, se han presentado al rededor de once proyectos de Reforma Agraria al Congreso, pero éste ha legislado en fa- vor de los intereses de los terratenientes que lo conforman más que en la - solución de los problemas del campesinado nacional. La educación cada día se privatiza más.

La democracia formal y representativa es irreal porque no cobija en sus be- neficios a la colectividad nacional y es ineficaz, precisamente, por ser - representativa y no participativa en un país donde el elegido -constitucio- nalmente- no contrae compromisos con la comunidad que lo elige, pero donde el sistema de gamonalismo y clientela entraña compromisos personales que - hacen de la política un negocio.

A medida que la situación de desequilibrio y desestabilización se profun- diza, crece la violencia desencadenando nuevos fenómenos e introduciendo - nuevas fuerzas en la confrontación: abandono del campo con el correspon- diente daño para la economía agropecuaria y concentración desordenada de la población en las ciudades, hecho que genera nuevos y explosivos focos de - conflicto. Surgimiento y desarrollo de un movimiento guerrillero que a di- ferencia de las guerrillas del 50 se plantea el cambio. Fortalecimiento y modernización de las Fuerzas Armadas del Estado. Conformación de bandas - paramilitares. Endeudamiento de la nación. Destrucción ecológica debido al desorden del modelo económico imperante. Estos para citar sólo algunos de los casos.

La violencia, hace años, dejó de ser la pugna de los partidos tradicionales en disputa por el gobierno y el reparto burocrático, y día a día, adquiere más la dimensión de un enfrentamiento entre la oligarquía y el pueblo en la que, por motivaciones políticas, económicas y sociales, las fuerzas encontradas se manifiestan de múltiple y compleja manera en una guerra no declarada que se extiende -poco a poco- por todo el territorio nacional, crece en escaladas de barbarie arrojándonos cuadros dantescos, quebrantando nuestros - más caros valores culturales e imponiéndole a la nación un modo de vida -el de la violencia-, ajeno a la vocación de paz de nuestro pueblo.

Sí! Un modo de vida que pretende perpetuar la miseria, la resignación y la insertidumbre para muchos y los privilegios para unos pocos.

Un modo de vida de intolerancia, 'sálvese quien pueda!', silencio, desconfianza, deshumanización, repulsión y donde el imperio real es el del miedo.

Un modo de vida donde la juridicidad no existe. Aquí se mata al ministro, - al magistrado, al juez, al alcalde, al concejal. Aquí a nombre de la ley se asesina al niño, como ocurrió con el niño arriero de Siloé en 1.985; se asesina al sacerdote como ocurrió con el padre Alvaro Ulcué y el padre Daniel Guillard (éste último a quien asesinó el ejército en un barrio popular de - Cali). A nombre de la ley las autoridades fusilan sin fórmula de juicio, como ocurrió en 1.985 en el Sur-oriente de Bogotá, cuando la policía masacró a once jóvenes frente a la población, luego de que escuadras de las milicias Bolivarianas distribuyeran leche a los moradores.

A nombre de la ley, las autoridades establecidas para velar por la vida, - honra y bienes de la comunidad, protagonizan el genocidio de Siloé a fines de 1.985 y rompen a balazos una asamblea sindical en Urabá.

A nombre de las instituciones, el gobierno ordena a sus fuerzas armadas arrasar una institución como la Corte Suprema de Justicia, en la toma a sangre y fuego del Palacio de Justicia.

El Estado terminó siendo un escorpión -que con su ponzoña se destruye-, - pues de su seno nacen instituciones clandestinas como los grupos paramilitares (que hoy los Comandantes de Brigada quieren hacer aparecer como auto-defensa de masas); en su interior pulula la inmoralidad administrativa; la burocrasia es un monstruo ineficaz y devorador del presupuesto nacional. La política del escorpión desacredita y carcome al Estado en su esencia.

En tales condiciones, la legitimidad no existe y la investidura legal se - mantiene no por el reconocimiento general y el buen ejercicio de las funciones encomendadas sino por el uso y abuso de la fuerza.

La contradicción cada vez más aguda entre el gobierno central y la región desencadena nuevas formas de movilización y organización popular como los paros cívicos regionales que expresan la desobediencia civil y engrosan el bloque mayoritario que está por el cambio.

El presente modo de vida da para todo. Da para que el secuestro sea una práctica ejercida por el estado con fines de persecución y retaliación política; por organizaciones revolucionarias con fines económicos y políticos y por el delincuente común con fines lucrativos individuales. Da para que el atentado personal se haya convertido en un medio eficaz para eliminar al adversario político, al competidor económico o al rival personal.

Da para que la mentalidad totalitaria y sectaria autorice a fusilar a quien

no comparte ideas; y da para infamias como la de Tacueyó. Este modo de vida, violento consecutivamente desde hace 38 años, da para que a comienzos de la presente década la contraguerrilla masacrara a más de dosmil campesinos en el Caquetá y Colombia continuara como si no hubiera pasado nada. Da igualmente para que el gobierno de Belisario Betancur luego de firmar un acuerdo de Cese al Fuego y Tregua vaya a Méjico a continuar las conversaciones con el M-19 y a la vez ordene el ataque a Yarumales. También da para que nombre como ministro de la paz a un general torturado (Vega Uribe). Da para que uno de los miembros de su gabinete, el ministro de gobierno (Jaime Castro), sentencie a muerte a la plana mayor del M-19 y a sus familiares. Da para que por imprevisión y negligencia de un gobierno ocurran catástrofes como la de Armero y Chinchiná y para que pasados diez meses de la tragedia aún no se le haya solucionado la situación a los damnificados. Da este modo de vida para que LA GUERRA SUCIA sea el método desesperado puesto en práctica por una minoría que incapaz de seguir gobernando de espaldas al país intente aplastar con el terror masivo el clamor de justicia de un pueblo. Dicho método les permite al estado y a particulares estimular y crear grupos paramilitares y pagar sicarios, y entretanto, mostrarse al país con cara de "yo no fui" y manos de Pilatos.

LA LEGITIMIDAD.

En Colombia, pequeños o grandes en número o recursos económicos, lo cierto es que existen varios ejércitos: las fuerzas armadas de las minorías; las fuerzas guerrilleras nucleadas en la CNG; las FARC; el Batallón América; las bandas de los terratenientes; los grupos armados de los esmeraldenses y narcotraficantes; agencias de seguridad; grupos paramilitares, etc.

Existen en el país dos constituciones de hecho: De una parte, la mezcla de criterios de la constitución de 1.886 y principios de la doctrina de Seguridad Nacional expresa la vida constitucional que impulsa la oligarquía. De otra, el pueblo ha venido legitimando a lo largo de este siglo un ejercicio constitucional de hecho que se manifiesta en actos de desobediencia civil como la ruptura del Estado de Sitio, ocupaciones de tierras, paros cívicos, cabildos, autogestión económica, organizaciones político-militares, etc. Con este comportamiento el pueblo busca soluciones a la problemática nacional, popular, democrática y de desarrollo.

Otro elemento es que el bipartidismo, como instrumento que es de dominación política de la oligarquía, no expresa los intereses de las mayorías.

En Colombia, reconozcámoslo o no, lo real es que la legitimidad que nace del reconocimiento nacional no existe. Y no existe porque hay quiebra de las instituciones y la unidad nacional está dispersa en múltiples y profundas contradicciones. Por eso aquí la herramienta fundamental del sistema es "la ley del garrote" y no el consenso. Decir legitimidad equivale a decir autoridad política y moral. Pues bien, aquí no hay de momento esa autoridad política y moral que recoja la voluntad nacional.

Si existen tremendos desniveles sociales; si existen varias constituciones y varios ejércitos; si los marcos del sistema no dan para que una autoridad política reúna el consenso nacional y por el contrario, la legitimidad desvertebrada tenga varios centros aglutinadores, esta realidad nos obliga a aceptar que el país necesita renovación.

El modo de vida presente, arcaico y violento, en el que ya como dice la canción "la vida no vale nada", reclama a gritos un cambio que dé a luz un nuevo MODO DE VIDA que vea al ser humano como el primero de los bienes; que abra puertas y ventanas a la tolerancia, la oportunidad, la libre participación, el pluralismo y que democratizando la vida económica, social, política, cultural y militar de la nación, nos garantice desarrollo e independencia nacional y estructure los marcos para la convivencia del final del presente y comienzos del próximo siglo.

La vida, principio del hogar, razón de la nación y garantía de un mañana de progreso, dignidad, alegría y paz, exige que hoy cada colombiano asuma su responsabilidad patriótica y escoja el puesto de combate que le permita participar más y mejor en la construcción de la Colombia posible, es decir, la Colombia donde la vida sea vivible.

PAZ PARA LA VIDA Y VIDA PARA LA PAZ

Como punto de partida debemos aceptar que existe en el país una gran franja de compatriotas sin posibilidades de expresión y que desearían su concurso a la solución de los problemas nacionales.

De otra parte, quien quiera hablar de paz, tiene que aceptar, desapasionadamente, que existen diversas fuerzas que no están dispuestas a diluirse porque creen en su aporte de alternativas para la nación. Actualmente, el país no aguanta para hablar desde posiciones hegemónicas ni mucho menos con olor a trampa. Los resentimientos, las heridas y las desconfianzas son muchas y -por consiguiente, toda posición política ventajosa, excluyente, desenfocada del realismo y que no tenga la convergencia como objetivo, va a echarle más leña a la hoguera.

La unidad nacional en este momento es una ficción porque existen varios poderes, fuerzas, proyectos, y por consiguiente, la legitimidad está parcelada. Ninguna de las partes en conflicto está en condiciones de desarmar -por sí sola- la voluntad del adversario. Nadie puede abrogarse el derecho a decir que tiene la totalidad de la verdad enmudecida, porque cada quien posee un poco de ella. De acuerdo con esto, lo razonable es buscar el entendimiento.

Y el entendimiento es posible si aceptamos que es urgente rediseñar el marco institucional, de modo que garantice la convivencia de la diversidad en un régimen de pluralismo.

Hablar de entendimiento significa hablar de paz en el sentido de las realizaciones para las mayorías; pues el reto actual no es de discusión de reformas en un país que está sobrediagnosticado, sino de voluntad mayoritaria con decisión política de reformas que permitan el ejercicio pleno de la democracia.

MOVIMIENTO POR LA VIDA

La confrontación de dos proyectos: el democrático y el antidemocrático ha puesto a la nación en el punto esencial del pasado, el presente y el futuro: la vida. Y es así, porque el derecho a la vida recoge las necesidades y aspiraciones materiales y espirituales del individuo y la colectividad.